

NATURALISMO PRAGMÁTICO E INDETERMINACIÓN DE LA TRADUCCIÓN*

SUSANA GÓMEZ
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
susanagomezgutz@hotmail.com

Resumen:

El objetivo de este ensayo es analizar y tratar de responder a las críticas que John Searle adelanta en contra de la tesis quineana de la indeterminación de la traducción. Trataré de mostrar que dichas críticas dejan de lado un aspecto de la filosofía de Quine que es de vital importancia a la hora de entender la manera como el autor aborda el problema de las significaciones. Mi interés es mostrar que la teoría del lenguaje de Quine, y sus objeciones a la noción tradicional de significado, tienen origen en una visión naturalista del conocimiento, cuya característica más relevante es su componente pragmático.

Palabras clave: W.V.O. Quine; J. Searle; indeterminación de la traducción; naturalismo; pragmatismo; intencionalidad.

Abstract:

The main purpose of this paper is to analyze and try to reply to the criticisms that John Searle advances against the Quinean thesis of the indetermination of translation. I will try to show that Searle's objections leave aside an aspect of Quine's philosophical countenance, which appears to be of vital relevance when the latter treats the problem of significations. I will show that Quine's theory of meaning, and his objections to the very notion of meaning—as traditionally conceived of—, stem from the espousal of a Naturalistic countenance of knowledge whose major trait, at least for what concerns us, is its pragmatic factor.

Key words: W.V.O. Quine; J. Searle; Indeterminacy of Translation; Naturalism; Pragmatism; intentionality.

—¿Qué ocurre con el doble?

—Si me agachaba detrás del generador y no podía verme, empezaba a sudar de miedo, *si es que eso es sudor y significa miedo...*

—¿Habla algo? No emite sonidos articulados, he analizado sus frecuencias. Oye la voz. Al menos reacciona a ella. Y toda esta sociedad está compuesta de ejemplares como éste.
Stanislaw Lem, *Edén*

Según Quine, una buena parte de las teorías acerca del lenguaje afirman que, más allá de las expresiones lingüísticas, existe algo determinado, fijo, que constituye el “significado real” de los términos o de las oraciones; y afirman, además, que ese “significado real” es el responsable de que los ruidos que salen

* Una versión previa de este ensayo fue presentada como parte de mi trabajo de grado en filosofía, dirigido por el profesor Juan José Botero.

de nuestra boca y los garabatos que escribimos sobre el papel o sobre la pared, sean más que simples ruidos y garabatos, es decir, que comuniquen algo. Esta idea, según el autor —quien ha dedicado varias de sus obras a mostrar por qué resulta tan problemática—, una de las causas de que las investigaciones filosóficas acerca del lenguaje no hayan tenido mucho éxito. En *El mito de la significación*, por ejemplo, afirma que el problema con los significados es que carecen de criterios claros de individuación que permitan dar cuenta de ellos. En “Dos dogmas del empirismo”, por otra parte, Quine muestra cómo, efectivamente, las teorías empiristas del lenguaje hacen uso de conceptos como “analiticidad”, “sinonimia” y “significación”, los cuales no cuentan con una definición o una explicación clara que permita precisar en qué consiste cada uno de ellos. Y, por último, en el segundo capítulo de *Palabra y objeto*, “Traducción y significado”, y en textos posteriores,¹ el autor muestra que no hay nada en la práctica lingüística que permita hablar de “el significado real” de las expresiones.

En líneas generales, la idea que presenta Quine en *Palabra y objeto* es la siguiente. Quine plantea que una forma de entender la noción de “significado de una expresión” es estableciendo cierto tipo de relaciones entre la expresión en cuestión y otras expresiones del mismo lenguaje, o de un lenguaje distinto; esto es, haciendo afirmaciones tales como “la expresión P significa *lo mismo* que la expresión Q” o “la expresión P significa *algo diferente* de la expresión Q”. Según el autor, esta manera de ver la cuestión lleva a pensar que, cuando se intenta traducir una expresión de un lenguaje a otro, sólo puede haber una traducción correcta de ella; y aquello que permite decidir si algo es o no la traducción correcta del original es que ambas expresiones dicen lo mismo, contienen la misma información objetiva, es decir, tienen algo en común. Y, justamente, a través de este camino, se llega a pensar que eso en común es “el significado” de las expresiones. Sin embargo, en el texto mencionado Quine sostiene que, si aceptamos que el lenguaje es ante todo un hecho social, necesariamente debemos concluir que *por principio* toda traducción es indeterminada y, por tanto, que no hay nada determinado en el lenguaje a lo que podamos considerar como “el significado”. Este principio constituye lo que se conoce como la tesis de la indeterminación de la traducción.

Dicha tesis afirma que es posible construir distintos manuales de traducción, todos ellos compatibles con la totalidad de la evidencia y, sin embargo, incompatibles entre sí. No se trata de decir simplemente de que toda traducción es incompleta por no estar enteramente determinada por la evidencia disponible, pero que en realidad existen hechos que permiten decidir cuándo una traducción es más correcta que otra (hechos que tal vez no podamos llegar a conocer nunca). Más bien de lo que se trata es de que, aunque tengamos acceso a la totalidad de la evidencia, no hay forma de decidir cuál de los manuales de traducción resultantes (mutuamente incompatibles) es el correcto o, por lo menos, el más correcto de todos. La razón para ello es

¹ Para las abreviaturas de las obras de Quine y las referencias bibliográficas, véase la *Bibliografía* impresa al final de este volumen.

que la única evidencia con que contamos –la conducta verbal de los hablantes y las situaciones que provocan tales conductas– no nos permite tomar esta decisión. Dicho de otro modo, toda traducción es *por principio* indeterminada porque no existe una materia objetiva, un “*fact of the matter*”,² que permita elegir cuál es la correcta entre las múltiples traducciones posibles. Una de las consecuencias de esta tesis es que, dado que toda traducción es indeterminada, tanto el sentido como la referencia de las expresiones carecen de determinación; por tanto, debemos aceptar que no hay nada determinado en la semántica del lenguaje, no hay un “significado real” al cual deban aproximarse las traducciones.

Ahora bien, una forma posible de interpretar las críticas de Quine a las significaciones es afirmando que tales críticas responden a una postura típicamente *empirista*, de acuerdo con la cual las significaciones deben ser eliminadas de un estudio serio del lenguaje debido a su carácter abstracto; es decir, debido a que no tenemos acceso a ellas a través de la experiencia sensible. Otra manera de entender la cuestión podría consistir en decir que las críticas de Quine tienen su origen en una postura *fisicalista*, según la cual cualquier alusión a entidades mentales debe ser rechazada. Si se tiene en cuenta que Quine incluye en su ontología algunas entidades abstractas como las clases y los números, la primera interpretación puede resultar demasiado débil. Pero, si se tiene en cuenta que el autor, en varios de sus textos, hace afirmaciones que podrían dar la idea de un cierto rechazo por el mentalismo, la segunda interpretación puede sonar bastante razonable.

Entre los defensores de esta última posición se encuentra el filósofo John Searle, quien afirma que las críticas de Quine a la noción de significado, y en especial la tesis de la indeterminación de la traducción, tienen su origen en una *preferencia totalmente arbitraria* por el fisicalismo. Con base en esta interpretación, Searle adelanta una serie de objeciones que consisten, básicamente, en decir que los argumentos de Quine en contra del significado fallan, pues parten de una explicación puramente fisicalista del mismo, la cual no basta para dar cuenta de la manera como funciona cotidianamente el lenguaje. Una prueba de la insuficiencia de la noción de significado de Quine es, según Searle, que lleva a la conclusión absurda de que, siendo el significado de las expresiones algo indeterminado, no existen en realidad, diferencias de significado entre expresiones que, de hecho, significan algo distinto. Esta conclusión es completamente absurda para Searle puesto que, si examinamos lo que sucede en el uso cotidiano del lenguaje, y en especial lo que sucede en nuestro propio caso, nos daremos cuenta de que cuando usamos una expresión sabemos exactamente lo que queremos decir con ella, y somos capaces de establecer diferencias de significado entre las distintas expresiones.

Reconozco que esta crítica de Searle resulta, en apariencia, bastante convincente. Sin embargo, pienso que un análisis más detallado de los argumentos de Quine permite ver que la cuestión no es tan simple como parece a primera vista. Permite

² Al respecto de esta noción, cf. el ensayo del profesor Ávila, “Manuales de traducción y hechos semánticos”, incluido en este volumen; en especial, la nota 1 y la sección 2 (*Nota del Editor*).

ver que las objeciones de Searle a la teoría conductista del significado de Quine y a la tesis de la indeterminación de la traducción, dejan de lado un aspecto de la filosofía de Quine que es de suma importancia para entender la manera como éste aborda el problema de las significaciones. El aspecto al que me refiero es su adhesión a un cierto tipo de naturalismo, cuya característica más relevante, para efectos de este ensayo, es su componente pragmática. En lo que sigue intentaré dar sustento a esta propuesta.

1. LA MANZANA DE LA DISCORDIA

Sin duda, la versión más difundida de la indeterminación de la traducción es la que ocurre en el contexto de *la traducción radical*. Esto es, en el caso hipotético del lingüista que llega a una comunidad indígena totalmente desconocida, con la tarea de hacer un manual de traducción de la lengua nativa a su propia lengua. Las circunstancias de dicho personaje son, como se sabe, completo desconocimiento de la lengua nativa, carencia absoluta de manuales de traducción previamente existentes, completa diferencia formal entre las palabras de ambos lenguajes, y ningún tipo de tradición cultural compartida. Debido a todo lo anterior, la labor de traducción del lingüista está totalmente restringida a un criterio de significado-estímulo; esto es, a la correlación entre las conductas verbales de los hablantes con determinadas circunstancias estimulativas. En este contexto, la indeterminación de la traducción se presenta debido a que el criterio de significado-estímulo resulta insuficiente para dar cuenta de la presencia de ciertos elementos que acompañan el uso que el nativo hace de las expresiones; a saber, la *información colateral* y el *aparato de individuación* propios del nativo. Y debido también a que las *hipótesis analíticas*³ que guían su traducción, y le permiten suplir las deficiencias del criterio de significado, están subdeterminadas empíricamente, es decir, "rebasan todo lo implícito en las disposiciones de comportamiento lingüístico de cualquier indígena" (WO 70; 83).

La versión de la indeterminación en el contexto de los hablantes de la misma lengua ha sido, quizá, un poco menos trajinada que la versión de la traducción radical. Sin embargo, no por eso es menos importante que aquella. Incluso me atrevería a decir que si no es más importante que la versión de la traducción radical, por lo menos puede resultar más polémica. La idea de Quine, en líneas generales, es que también en el caso de quienes comparten la misma lengua, los hablantes están sujetos a un criterio de significado-estímulo, y que también en este caso dicho criterio resulta insuficiente para dar cuenta de la presencia de información colateral y del aparato de individuación implicado en el uso que nuestros vecinos dan a ciertos términos. En **OR**, por ejemplo, Quine afirma que existen algunos casos en los que definitivamente resulta imposible llegar a determinar si nuestro vecino está refiriéndose al mismo objeto que nosotros, a pesar de que ambos pertenecemos a la misma

³ Las hipótesis analíticas son algo así como conjeturas acerca de las creencias, deseos, intenciones, etc., de los nativos; acerca de la simplicidad de su pensamiento y de su sistema lingüístico; y acerca del parecido que puede haber entre éstos, y el pensamiento y el lenguaje propios del lingüista.

comunidad lingüística; es decir, a pesar de que compartimos el mismo aparato de individuación, y a pesar de que pronunciamos las mismas palabras. Estos casos son, según el autor, una muestra de *inescrutabilidad de la referencia*, como la que se presenta en el caso de la traducción radical (cf. OR 41; 61). La idea de Quine puede ilustrarse con el siguiente ejemplo. Un matemático pronuncia en nuestra presencia, y ante una determinada situación estimulativa compartida, la palabra “número natural”. El problema es cómo podemos determinar a qué se refiere el personaje cuando usa esa palabra? ¿Cómo podemos determinar si cuando el matemático dice “número natural” se está refiriendo a lo mismo que nosotros nos referimos cuando pronunciamos la misma expresión? En realidad podría estar refiriéndose a la noción de número de Frege, o a la de Zermelo, o a la de Von Neumann, o a las incontables alternativas ulteriores. Todas ellas incompatibles entre sí e igualmente correctas, en el sentido de que satisfacen las leyes que los números han sido destinados a satisfacer; entonces. Entonces cómo podemos hacer para saberlo?

Según Quine, la única manera de saber a qué se refiere nuestro vecino es circunscribiendo el término a algo así como un esquema de referencia. Así, una vez hecho esto, podremos fijar su referente. A este esquema de referencia o sistema de coordenadas, Quine lo denomina “lenguaje de fondo” (cf. OR 48; 69).⁴ En este sentido, hablar de la referencia de los términos sólo tiene alguna significación con relación a una teoría o lenguaje de fondo. Es aquí donde la tesis de la inescrutabilidad de la referencia se une con la tesis de la relatividad ontológica. Pues, así como sólo tiene sentido preguntar por la referencia de un término con relación a un lenguaje de fondo, así también sólo tiene sentido hablar de la ontología con relación a una teoría que sirva como marco de referencia. En resumen, la idea de Quine es que hablar de referencia o de ontologías sólo tiene sentido si se hace con relación a un lenguaje de fondo, de la misma manera que hablar de referencia entre lenguajes distintos sólo tiene sentido si elegimos un manual de traducción. Esto lleva a Quine a afirmar que la indeterminación de la traducción radical comienza en casa:

En una reflexión más profunda, la traducción radical comienza en casa. ¿Debemos identificar las palabras castellanas de nuestros vecinos con las mismas retahílas de fonemas en nuestras propias bocas? Ciertamente no. A veces no las identificamos. Algunas veces tropezamos con el hecho de que se facilita la comunicación si reconocemos que el uso de algunas palabras de nuestro vecino difiere del nuestro, y entonces traducimos esa palabra a una diferente retahíla fonética en nuestro idiolecto (OR 46; 66).

Sin embargo, la cuestión no acaba aquí. Tal como lo señala Quine en varios de sus textos, el problema de la indeterminación de la traducción puede llegar a afectarnos incluso a nosotros mismos:

⁴ En algunos casos, como en el de los números naturales, el lenguaje de fondo al cual se recurre para fijar la referencia del término constituye lo que Quine llama una “teoría subordinada”; en otros

He argumentado en defensa de la filosofía conductista del lenguaje de Dewey, que la inescrutabilidad de la referencia no es la inescrutabilidad de un hecho. Pero si no es una cuestión de hecho, entonces la inescrutabilidad de la referencia debe alcanzar no solamente a los exóticos y vecinos, sino también a nosotros mismos (OR 47; 67-8).

Esta afirmación es, justamente, la manzana de la discordia en la discusión con Searle. Es la que da pie a Searle para afirmar que la tesis de la indeterminación de la traducción constituye una reducción al absurdo del conductismo de Quine. Veamos, entonces, en qué consiste su crítica.

2. LA CRÍTICA DE SEARLE

En el artículo referido, Searle se propone mostrar, en primer lugar, que la tesis de la indeterminación de la traducción es una reducción al absurdo de las premisas de las cuales se deriva; en segundo lugar, que la tesis de la relatividad ontológica no tiene éxito en responder a los aparentes absurdos a que llevan la tesis de la indeterminación y la de la inescrutabilidad de la referencia; y en tercer lugar, que el absurdo surge de una confusión, por parte de Quine, entre criterios y hechos del lenguaje y entre el significado y los hechos físicos.

2.1 *La tesis de la indeterminación: Una refutación al conductismo*

El autor señala (en SEARLE 1996) que la teoría conductista del significado de Quine debe ser falsa, pues tanto la teoría misma, como la tesis de la indeterminación de la traducción –su corolario–, llevan a hacer afirmaciones absurdas, por decirlo así. Y para mostrar esos absurdos, introduce la perspectiva de la primera persona. La teoría conductista de Quine sostiene que la realidad objetiva del significado de las expresiones se restringe a las conductas de los hablantes y a las situaciones estimulativas en las que tales conductas se hacen manifiestas. En este sentido, la noción de significado queda restringida a la noción conductista de significado-estímulo. La idea de Searle es que esta teoría del significado debe ser falsa, pues no da cuenta de las diferencias de significado que de hecho existen para nosotros mismos:

Si el conductismo fuera correcto, tendría que ser tan correcto para nosotros los hablantes del español, como para los hablantes de la lengua-gavagai. Y nosotros sabemos de nuestro propio caso que con “conejo” queremos decir algo muy diferente de “estado de conejo” o de “parte no separada de conejo”. Si cualquier vecino hablante del español, habiendo leído a Quine, decidiera que no puede decir si por “conejo” significa conejo, o estado de conejo, o parte no separada de conejo,

caso, se recurre a la teoría que subyace a la lengua materna. Una teoría subordinada es una porción de la teoría que subyace al lenguaje de fondo, esto es, la teoría de fondo. Por ejemplo, la teoría mecánica y la cuántica son teorías subordinadas de la teoría de fondo que es la teoría de los objetos físicos.

entonces tanto peor para él (SEARLE 1996, 478).

Por otra parte Searle señala, pese a que la intención original de Quine es justamente la contraria, que la tesis de la indeterminación de la traducción constituye un argumento en contra del conductismo lingüístico. Esto se debe, según Searle, a que la tesis de la indeterminación presupone lo que ella misma, y el conductismo del cual se deriva, intentan negar; esto es, la existencia real y objetiva de significados como algo distinto a las conductas lingüísticas. Lo que sostiene la tesis de la indeterminación es que no hay "*fact of the matter*" sobre la corrección de la traducción de "gavagai" como conejo o como estado de conejo. En este sentido puede decirse que, desde la perspectiva de la tesis de la indeterminación, no es posible establecer una semejanza o una diferencia real entre tales expresiones. Según Searle, si la tesis de la indeterminación fuese correcta, no seríamos capaces de entender su propia formulación; puesto que para ello, dice Searle, para entender que no hay "*fact of the matter*" sobre la corrección de la traducción de "gavagai" como "conejo" y "estado de conejo", se requiere que seamos capaces de establecer, por lo menos para nosotros mismos, una diferencia objetivamente real entre las expresiones en cuestión, esto es, entre "estado de conejo" y "conejo" (cf. SEARLE 1996, 480-1). En este sentido, la idea de Searle es que la tesis de la indeterminación hace evidente que debe haber algo, distinto de las meras conductas y a los meros estímulos de los hablantes, que permita establecer diferencias y semejanzas de significado entre las expresiones. Sobre la base de este análisis, Searle concluye que la tesis de la indeterminación de la traducción constituye una refutación del conductismo. Pues, por una parte, dicha tesis es una consecuencia directa del conductismo; y, por otra parte, dicha tesis debe ser falsa.

2.2 La tesis de la relatividad ontológica: Una solución ficticia

Según Searle, Quine pretende resolver el problema de las diferencias de significado en el caso de nuestra propia lengua y en el caso de la primera persona, introduciendo su tesis de la relatividad ontológica. Desde la perspectiva de la tesis de la relatividad ontológica, si tiene sentido hablar de una diferencia entre "conejo", "estado de conejo", "parte no separada de conejo", etc., en nuestra lengua o para nosotros mismos, es por la relación que establecemos entre cada uno de estos términos y una teoría determinada acerca del mundo. En este sentido, dice Searle, podemos decir que entendemos la tesis de la indeterminación, gracias a que inscribimos cada uno de esos términos en una teoría distinta sobre los objetos. Sin embargo, Searle encuentra esta solución un tanto ficticia. Afirma que la tesis quineana de la relatividad ontológica es tan absurda como la tesis de la indeterminación, puesto que, así como ésta deja el problema de la traducción en manos de la selección arbitraria de un manual de traducción, aquélla deja el problema de la fijación de la referencia en manos de esquemas de referencia arbitrarios. La idea de Searle es que, dado que hemos asumido que el lenguaje no es más que un conjunto de disposiciones a una conducta verbal, acudir a la lengua materna no soluciona el problema de la distinción

de significados, pues en ella tampoco hay ningún contenido empírico que permita diferenciar términos como “conejo” y “estado de conejo”. En este sentido, lo único que logra Quine al poner a la tesis de la relatividad como solución –y con ella a la noción de lengua materna– es, según Searle, sugerir que hay diferencias empíricas cuando de hecho no existen. Al respecto dice Searle:

No podemos, por una parte, insistir en un riguroso conductismo que implica que no hay cuestiones de hecho, y luego, cuando tenemos un problema, apelar a una noción ingenua de una lengua materna o lenguaje de casa con palabras que tienen un valor nominal [*face value*] que va más allá de su contenido conductual empírico. Si somos serios sobre nuestro conductismo, la lengua materna es la madre de la indeterminación, y el valor nominal es una ficción si sugiere que hay diferencias empíricas cuando de hecho no hay ninguna (SEARLE 1996, 482).

2.3 *Las confusiones de Quine*

Searle atribuye las fallas en los planteamientos de Quine al hecho de que pretende hacer una explicación del lenguaje sin tener en cuenta la manera como normalmente éste funciona. Según el autor, esta manera de abordar la cuestión lleva a Quine a una serie de confusiones, las cuales, a su vez, conducen a resultados que podrían considerarse “sorprendentes”, en el sentido de que niegan lo que sucede en nuestra comunicación diaria:

Sólo obtenemos ese resultado sorprendente [la indeterminación de la traducción] si nos olvidamos de la vida real e imaginamos que estamos tratando de entender el habla de los demás construyendo una “teoría”, usando como única “evidencia” sus actitudes “válidas [*hold true*]” dirigidas a oraciones, o sus disposiciones a hacer ruido bajo condiciones estimulativas (SEARLE 1996, 487; énfasis añadido).

La primera confusión que Searle señala tiene que ver con la relación entre la exigencia de criterios y los hechos del lenguaje. Y la segunda se refiere a la relación entre los hechos del significado y los hechos físicos. En esta sección me referiré a ambos tipos de confusiones.

2.3.1 *Criterios y hechos del lenguaje*

Hasta ahora he mostrado cómo, en su crítica a la tesis de la indeterminación de la traducción, Searle plantea que dicha tesis es una reducción al absurdo del conductismo, puesto que, al negar la existencia de significados, y suponer que las cuestiones del significado se reducen a un problema de conductas verbales y situaciones estimulativas, Quine llega a la conclusión absurda de que ni siquiera nosotros mismos podemos saber de qué estamos hablando cuando utilizamos un término. Y, además, señala el hecho de que, para que la tesis de la indeterminación funcione debemos tener un

conocimiento anterior del significado de los términos implicados, con lo cual muestra que el argumento de Quine presupone lo que se está intentando negar, esto es, la existencia real y objetiva de significados. En otras ocasiones Searle ha recurrido a argumentos parecidos a los adelantados en contra de la indeterminación de la traducción, para referirse a los autores que, como Quine en "Dos dogmas del empirismo", critican la distinción analítico-sintético. Afirma que las objeciones de esos autores "descansan sobre ciertas suposiciones generales y erróneas sobre las relaciones entre la comprensión de una noción y nuestra capacidad para proporcionar criterios de una cierta clase para su aplicación" (SEARLE 1980, 16). Más específicamente, se refiere al hecho de que Quine rechaza la distinción analítico-sintético sobre la base de que no encuentra un criterio objetivo –extensional, formal o conductista– y una prueba empírica para la analiticidad y la sinonimia (*Ibd.*).

Searle adelanta dos argumentos en contra de las objeciones de Quine a la noción de analiticidad. En primer lugar, señala que dichas objeciones parten de una serie de exigencias tales que, en caso de encontrar un criterio que se les acomode, éste resultaría inadecuado.⁵ En segundo lugar, señala que los ataques a las nociones de sinonimia y analiticidad resultan paradójicos, en la medida en que sólo tienen la fuerza que sus autores se proponen, si se presupone que las nociones de sinonimia y analiticidad se comprenden adecuadamente. Searle se basa en el hecho de que, en general, sólo podemos decir que un principio sirve o no sirve como criterio para alguna cosa, si de hecho sabemos lo que tal cosa significa. Así, sabemos que un determinado criterio es inadecuado, que las razones que damos son pertinentes para el problema, debido a que somos capaces de reconocer los aspectos relevantes de aquello a lo que pretendemos aplicar el criterio. Del mismo modo, sólo podemos decir, como Quine, que hemos fracasado en la búsqueda de un criterio para la analiticidad, en la medida en que de hecho sabemos lo que significa dicho concepto (*cf. Id.*, 17).

La conclusión que saca Searle de todo esto es que la forma de argumentación de Quine no logra su cometido. A pesar de que pretende invalidar un concepto acerca del cual existe un acuerdo general sobre su aplicabilidad, argumentando que no existen criterios de una cierta clase para su aplicabilidad, lo único que logra mostrar es que resulta inapropiado preguntar por criterios del género propuesto; para el caso de Quine, criterios de tipo extensional. El punto de Searle es, entonces, que cualquier apelación a un criterio presupone la adecuación del criterio, y esa adecuación sólo puede establecerse contrastando el criterio con ejemplos. Más claramente, de lo que

⁵ Searle pone el ejemplo de un criterio como "un enunciado es analítico si y sólo si la primera palabra de la oración usada al hacer ese enunciado comienza por la letra 'A'". Este principio cumple con las exigencias formales exigidas por Quine, pero es obviamente inadecuado puesto que sabemos que la primera letra de la primera palabra de una oración no tiene nada que ver con la analiticidad del enunciado; podemos proporcionar un número indefinido de ejemplos de enunciados analíticos que no comiencen por la letra "A", y un número indefinido de enunciados no analíticos que comiencen por la letra "A"; y podríamos señalar que el criterio da el absurdo resultado de que el mismo enunciado puede ser tanto analítico como no analítico cuando se enuncia al emitir oraciones diferentes (en lenguajes diferentes, por ejemplo).

se trata no es de que las caracterizaciones lingüísticas deban estar justificadas por los criterios propuestos, sino más bien de que los criterios propuestos deben estar justificados por el conocimiento anterior del lenguaje. Y la argumentación de Quine no funciona, precisamente porque los criterios que propone carecen de una justificación basada en un conocimiento anterior, expresado por las caracterizaciones lingüísticas. Como consecuencia, según Searle el modelo explicativo de Quine acerca del lenguaje debe ser eliminado:

No intento, claro está, que estas observaciones constituyan un desprecio hacia la empresa de la búsqueda de criterios. De hecho, creo que tales intentos de descubrir criterios para nuestros conceptos son efectivamente –si se los interpreta de manera apropiada– intentos de explicar nuestros conceptos, asunto que considero una de las tareas centrales de la filosofía. Lo único que quiero señalar ahora es que allí donde ciertos modelos preferidos de explicación no logran dar cuenta de ciertos conceptos, son los modelos los que deben eliminarse, no los conceptos (*Id.*, 21).

2.3.2 *Hechos físicos y significado*

Otro aspecto que, según Searle, conduce a que la argumentación de Quine no sea exitosa, es la confusión entre el significado y los hechos físicos. En primer lugar, Searle afirma que la situación del argumento de Quine es muy parecida a la del conductismo tradicional. Ambos caen en el absurdo debido a que cometen el error de asumir que nuestros propios fenómenos mentales son equivalentes a disposiciones de la conducta, cuando en realidad, en muchos casos, las meras disposiciones no permiten dar cuenta de los fenómenos mentales, trátase de los propios o de los ajenos.⁶ Sobre la base de esta analogía, construye Searle su crítica a la explicación quineana del significado en términos de conducta y estímulo. Señala que tal explicación deja de lado algunos elementos importantes que intervienen en la manera como normalmente se da la comunicación entre los hablantes. Uno de esos elementos es el hecho de que, cuando intentamos entender lo que las otras personas dicen, no nos limitamos a saber si usan nuestras mismas palabras, sino que, además, intentamos saber lo que hay en su mente cuando las pronuncian, es decir, intentamos conocer los estados intencionales –las creencias, los deseos, etc.– que hay detrás de sus palabras. Otro de esos elementos es el hecho de que, en la comunicación diaria, cuando intentamos comprender lo que dicen los demás, tomamos como punto de partida lo que sucede en nuestro propio caso. Al respecto afirma Searle: “cuando yo busco comprender a otro hablante, busco en su caso lo que tengo en el mío propio. Ahora, en mi propio caso, cuando yo me comprendo a mí mismo, sé mucho más que de acuerdo a cuáles condiciones externas sostengo que una oración es verdadera” (SEARLE 1996, 487).

Así, según Searle, el problema de la teoría quineana del significado es que parte de

⁶ Para esta crítica al conductismo, cf. SEARLE 1996, 484; también CHOMSKY 1964.

un rechazo total del mentalismo, que hace que cualquier elemento mentalista y cualquier alusión a la perspectiva de la primera persona sean dejados a un lado. Se trata, dice el autor, de una postura metafísica que no cuenta con ninguna garantía; una preferencia injustificada por un cierto nivel de descripción, que lleva a Quine a suponer que el análisis conductual es el único tipo de análisis científicamente respetable, y que el punto de vista de la tercera persona es el más objetivo,⁷ cuando lo que revela el funcionamiento cotidiano de la comunicación es que esos aspectos son fundamentales:

¿Por qué, entonces, encontramos en Quine la idea de que lo único que tenemos para avanzar son los receptores sensibles? Yo pienso que ella descansa en un rechazo resuelto por el mentalismo en el análisis lingüístico, con la consecuente insistencia en tener el punto de vista de la tercera persona. Una vez que usted acepta que una unidad fundamental del análisis es la intencionalidad,⁸ entonces parece que usted está forzado a aceptar el punto de vista de la primera persona en un sentido epistémicamente diferente del punto de vista de la tercera persona observadora. Es debido a la persistente tendencia objetivante de la filosofía y la ciencia desde el siglo XVII, que vemos el punto de vista de la tercera persona como preferible a, y como más “empírico” que el punto de vista de la primera persona. Lo que parece una simple declaración de un hecho científico –que el lenguaje es un asunto de estimulación de las terminaciones nerviosas– se convierte, luego de ser examinada, en la expresión de una preferencia metafísica y, yo creo, una preferencia no garantizada por los hechos (SEARLE 1996, 489).

En segundo lugar, Searle afirma que, al tratar el significado como un hecho físico, Quine cae en el error de atribuirle una característica que es propia de estos últimos – la relatividad– lo cual lo lleva irremisiblemente a caer en el absurdo. Searle hace notar que, según Quine, la tesis de la relatividad ontológica es el análogo de la tesis relativista de la física; en este sentido, la tesis de que el significado, y más específicamente, la referencia de un término depende del sistema de referencia que se tome como base, es un análogo de la tesis de la física según la cual la posición y el

⁷ Para apoyar su observación, Searle trae a colación una cita de Quine que, según él, revela la arbitrariedad que supone el adoptar un nivel de descripción externalista y rechazar otro cualquiera. La cita de Quine que Searle presenta es la siguiente: “Nuestro discurso de las cosas externas, nuestra idea misma de cosas, es sólo un aparato conceptual que nos ayuda a prever y controlar la reacción de nuestros receptores sensoriales a la luz de sus reacciones anteriores. La reacción, primera y última, es lo único con lo que contamos” (*Id.*, 488).

⁸ Con el término “intencionalidad” Searle se refiere al ámbito de lo mental, y en especial a una cierta característica que, según él, poseen algunos estados o eventos mentales, a saber, la característica de representar objetos o estados de cosas. Searle utiliza la noción de “representación” en el sentido de que los eventos mentales, por ejemplo la creencia, tienen un contenido proposicional y un modo psicológico; el contenido proposicional determina un conjunto de condiciones de satisfacción bajo ciertos aspectos, y el modo psicológico determina una dirección de ajuste de su contenido proposicional (*cf.* SEARLE 1992).

movimiento de un objeto se fijan sólo con referencia a un sistema de coordenadas. El problema es, dice Searle, que la analogía entre el significado y los hechos de la física no funciona. La diferencia entre ambos casos, para Searle, parece estar en que, cuando se trata de hechos físicos, no podemos hablar de sus características como características independientes. Estas son estrictamente relativas a un sistema de coordenadas. Pero en el caso de los significados la cuestión es distinta. Pues, aunque la referencia de las palabras depende ciertamente del lenguaje al cual éstas pertenecen, el significado en sí mismo es una característica intrínseca a las palabras que no es relativa a nada (*cf. Id.*, 482-3).

Searle prevé que, debido a estas afirmaciones, puede ser acusado de caer en el "mito del museo". Sin embargo, sostiene que su posición es neutral respecto a la existencia o no de "significados", en el sentido al que se refiere Quine. Independientemente de que se trate de ideas al estilo de Hume, o de disposiciones a una determinada conducta al estilo de Quine, o de usos a la Wittgenstein, o de capacidades intencionales à la Searle, la cuestión es que —según él— existe una diferencia entre la tesis de que el significado de una palabra es relativo a un lenguaje y la tesis de que el significado mismo es relativo a un lenguaje. La primera es correcta, la segunda es falsa. La diferencia entre ambas tesis parece consistir en que Searle distingue entre los *significados* que una palabra puede tener, es decir, las maneras como ésta se usa, y su *significatividad*, esto es, la característica que tal palabra posee, que consiste en tener algún significado sea éste el que sea. Los primeros, los significados, son relativos al lenguaje al cual pertenece la palabra. Pero la característica, es decir, la significatividad, no es relativa a nada; es simplemente el rasgo que esa palabra posee, por el hecho de pertenecer a un lenguaje, cualquiera que éste sea:

Así, en inglés, "rabbit" es significativo, mientras que "flurg" no lo es. Tales observaciones son siempre relativas a un lenguaje. Quizá en algún otro lenguaje "rabbit" es un sinsentido y "flurg" es significativo. Pero si "rabbit" es significativo en inglés y "flurg" es un sinsentido, debe haber algún hecho que "rabbit" tiene en inglés del cual "flurg" carece. Llamemos a esa característica su "significado", y a la clase de tales características de las palabras podemos llamarla "significados" (*Id.*, 483).

Searle explica su idea por medio de un ejemplo. Hay dos franceses que no conocen el significado en inglés de "rabbit". Cada uno de ellos trata de traducirlo de tal manera que su traducción sea consistente con las disposiciones del hablante inglés (Searle) a una determinada conducta verbal. Uno de ellos, Henri, supone que la traducción correcta es "stade de lapin". Pierre, sobre la base de la misma evidencia, decide que significa "partie non-détachée d'un lapin". Searle afirma que desde una perspectiva intuitiva totalmente pre-quineana, el problema de saber cuál de los dos tiene la razón tiene una respuesta muy sencilla: ambos están equivocados. Ambas traducciones son incorrectas. Searle reconoce que la labor de decir que ambos están

equivocados está sujeta a una serie de hipótesis subdeterminadas por la evidencia, en la medida en que, para decirlo, él mismo debe asumir una serie de presunciones acerca del significado de esas expresiones en francés y, por tanto, del significado que Henri y Pierre atribuyen a esas expresiones. Sin embargo, afirma que si asumimos que el significado de las expresiones en francés es el que él cree, entonces está en todo el derecho de decir que Pierre y Henri están equivocados; si no, él está equivocado y ellos están en lo correcto. Sea cual sea el caso, lo importante para Searle es el hecho de que, de todos modos, alguno de los dos bandos estaría equivocado y el otro estaría en lo cierto (*cf. Id.*, 482).

Con este ejemplo, Searle pretende mostrar que en lo relativo a la traducción sí existe algo objetivo. Esto objetivo es el hecho de que las palabras implicadas en la traducción poseen una característica –la significatividad– que es independiente del uso específico que se haga de ellas, es decir, del lenguaje al cual pertenecen. Así, Searle puede decir que la traducción de los franceses es correcta o que es incorrecta (no importa cuál sea el caso) puesto que, como hablante del inglés y como conocedor del francés, sabe que las palabras implicadas en la traducción: “*rabbit*”, “*lapin*” y “*stade de lapin*” son significativas dentro de cada uno de esos lenguajes, aunque el significado específico sea relativo a una lengua particular. Sobre esta base, Searle señala que el error de Quine está en confundir el problema de los significados con el problema de la significatividad y a partir de esa confusión llegar a afirmar que el significado, como característica intrínseca a las palabras, no existe. Es decir que para Searle el error de Quine consiste en que, al no distinguir entre los significados y la significatividad, a partir de la relatividad de los significados concluye que el significado (en todas sus formas) es relativo a un lenguaje y que, por tanto, el significado, como algo intrínseco a las palabras significativas, no existe. Según el autor, este error de principio hace que la caracterización quineana del significado resulte insuficiente a la hora de dar cuenta de la manera como ordinariamente funciona el lenguaje, y hace también que dicha caracterización conduzca a un absurdo.

La noción quineana de significado-estímulo resulta insuficiente porque, al explicar el significado como si se tratara de un hecho puramente físico, deja de lado un aspecto realmente importante, a saber, el hecho de que las palabras poseen una característica que va más allá de la mera relación entre conductas y estímulos y que, además, no es relativa a nada: la significatividad. Y conduce a un absurdo porque, aunque ciertamente los significados son relativos a un lenguaje, la significatividad no es relativa a nada, y es justamente en el nivel de la significatividad que la tesis de la indeterminación resulta absurda (*cf. Id.*, 484). Dicho de otro modo, la explicación de Quine sobre el significado falla –según Searle– porque deja de lado el problema de la significatividad, esto es, el problema de qué es lo que hace que unos ruidos y unas manchas sobre el papel sean significativos y otros no; lo cual, desde el punto de vista de Searle, se sale del ámbito de los hechos físicos y cae en el ámbito de lo puramente intencional:

El punto, sin embargo, es que, cuando comprendemos a otra persona o cuando nos

comprendemos a nosotros mismos, lo que requerimos, entre otras cosas, es un conocimiento de contenidos intencionales. El conocimiento de esos contenidos no es equivalente al conocimiento de la relación entre la conducta pública y los estímulos, ni de la relación entre las oraciones y ciertas condiciones en el mundo. Vemos esto más obviamente en el caso de la primera persona, y nuestro rechazo del caso de la primera persona nos lleva a tener un modelo falso de lo que es la comprensión del lenguaje. Pensamos, erróneamente, que comprender a un hablante es un asunto de construir una "teoría", que la teoría está basada en "evidencia", y que la evidencia debe ser "empírica" (*Id.*, 490).

Hasta aquí las objeciones de Searle a la tesis de la indeterminación de la traducción. Pienso que un análisis detallado de ellas y el intento de darles una respuesta, puede contribuir en mucho a aclarar algunos detalles de la crítica de Quine a las significaciones y pasar revista a ciertos aspectos más generales de su filosofía. Eso es, pues, lo que me propongo hacer en la siguiente sección.

3. EN DEFENSA DE QUINE

En resumen, la crítica de Searle a la tesis de la indeterminación de la traducción incluye tres aspectos. El primero de ellos consiste en que dicha tesis es una reducción al absurdo del conductismo de Quine. El segundo consiste en que para entenderla hay que presuponer la existencia de significados, justamente lo que se pretende negar con ella. Y el tercero tiene que ver con el hecho de que la tesis de Quine es la consecuencia de una aproximación conductista al problema del significado, la cual resulta insuficiente para dar cuenta de la manera como ordinariamente se entiende dicha noción. A continuación intentaré dar respuesta a cada uno de dichos aspectos.

3.1 *Indeterminación de la traducción y primera persona*

El argumento en favor de la primera objeción consiste, básicamente, en que la idea que se desprende de la tesis de la indeterminación, a saber, que es posible que incluso nosotros mismos no sepamos lo que queremos decir cuando usamos las palabras, es un absurdo, puesto que nosotros, en condiciones normales, sabemos siempre lo que queremos decir. Este argumento, a primera vista, resulta bastante convincente. De hecho, incluso Quine se manifiesta totalmente de acuerdo en que la idea de que ni siquiera nosotros mismos sabemos lo que queremos decir cuando usamos una palabra suena un tanto absurda. En realidad, ninguno de nosotros, en circunstancias normales, podría afirmar con convicción que cuando usa un término no sabe lo que éste significa. Por ejemplo, si en una conversación alguien le pregunta a usted qué quiere decir cuando usa la palabra "conejo", muy seguramente usted sabe a lo que se refiere con él y puede dar una explicación bastante clara de ello. No obstante, pienso que por más convincente que suene, si el propósito de Searle es demostrar la falsedad de la tesis de Quine, el argumento no logra su objetivo. La razón para ello es que apelar al caso de la primera persona para demostrar la falsedad de la tesis de la

indeterminación no resulta pertinente ya que, si tenemos en cuenta las condiciones que llevan a la indeterminación, vemos que este problema no cobija el caso de la primera persona. Una objeción posible a esta afirmación sería decir que Quine mismo hace alusión a este hecho. Sin embargo, debo aclarar que, aunque es cierto que Quine afirma que la indeterminación de la traducción puede llegar a afectarnos incluso a nosotros mismos, acto seguido señala que tal no es el caso, pues "con todo, como Dewey señaló, no hay lenguaje privado" (OR 47; 68).

Obviamente, decir que la indeterminación en uno mismo no es considerable porque no hay lenguaje privado, no constituye un argumento apropiado para la objeción de Searle. Para que la afirmación de Quine sirviera como argumento en contra de ésta, habría que suponer que cuando Searle se refiere a la perspectiva de la primera persona está haciendo una alusión al lenguaje privado; sin embargo, en su artículo el autor aclara que "el lenguaje es en realidad público; y no es un asunto de significados como entidades introspectivas, objetos privados, accesos privilegiados, o cualquier parafernalia cartesiana" (SEARLE 1996, 490). No obstante, la cita anterior sirve al menos para mostrar que, en realidad, Quine no considera este caso dentro de los candidatos a la indeterminación. Así, tomando esto como punto de partida, puedo arriesgarme a dar una interpretación de las razones por las cuales creo que el argumento de Searle no es aplicable a la tesis de Quine.

Empezaré por recordar que, según Quine, el problema de la indeterminación de la traducción consiste en que incluso la totalidad de la evidencia no permite decidir cuál de los distintos manuales de traducción posibles, mutuamente incompatibles, es el correcto, o por lo menos el más acertado. Ahora bien, puede decirse que la anterior situación se presenta sólo cuando abandonamos la traducción homofónica y entramos en el plano de la traducción heterofónica; esto es, cuando pasamos del plano de la mera comunicación a la traducción propiamente dicha. Pues sólo cuando dejamos de reproducir la misma retahíla fonética del otro hablante y nos vemos en la necesidad de pasar a una retahíla diferente, nos enfrentamos al hecho de que todas las retahílas fonéticas que se propongan como traducción de la primera son susceptibles de ser confirmadas por la evidencia. Lo anterior lleva a decir que, en último término, la indeterminación de la traducción sólo se presenta cuando preguntamos por el significado de una expresión, pues sólo tal pregunta nos obliga a pasar de una retahíla fonética a otra diferente. La razón para ello está en que la pregunta por el significado de una expresión sólo tiene sentido cuando se hace y se responde usando una expresión diferente a la que la suscitó. De lo contrario, es decir, si se usa la misma expresión, la pregunta puede conducir a una especie de regreso al infinito.⁹

Este hecho, a saber, el hecho de que la indeterminación sólo surge con la pregunta

⁹ Esta situación puede ilustrarse con el siguiente ejemplo. Supongamos que alguien pregunta a otra persona qué quiere decir cuando dice "c-o-n-e-j-o", y quien responde dice algo así como "cuando digo 'c-o-n-e-j-o' me refiero a conejo". Es de suponer que esta respuesta no aclara nada al interesado; así es que el interesado puede hacer la siguiente pregunta, usando la misma retahíla fonética: "¿cuando dice 'conejo' se refiere a conejo? Ante esta pregunta, quien responde puede decir simplemente, "sí, me refiero a conejo", y quien pregunta puede volver a preguntar "pero ¿cuando dice

por el significado de una expresión, puede evidenciarse tanto en el contexto de la traducción radical como en el contexto de nuestra propia lengua. Es evidente que labor del traductor radical está, por definición, marcada por la pregunta por el significado de una expresión. El lingüista tiene en sus manos la tarea de establecer una correlación entre expresiones de la lengua nativa y su propia lengua, y tal tarea supone dos cosas. En primer lugar, supone que el lingüista debe preguntar por el significado de una determinada expresión del nativo. En segundo lugar, supone que tal pregunta, para que tenga algún sentido dentro del marco de la traducción, debe ser respondida por él mismo haciendo uso de una retahíla fonética diferente a la del nativo; una retahíla fonética de su propia lengua. Es decir que, para responder a la pregunta, el lingüista debe establecer una relación entre dos cadenas fonéticas diferentes como "g-a-v-a-g-a-i" y "c-o-n-e-j-o" o como "g-a-v-a-g-a-i" y "c-o-n-e-j-i-d-a-d", dependiendo del manual de traducción que el lingüista haya escogido. Aquí entra en juego la indeterminación de la traducción, puesto que cualquiera de esas relaciones puede verse confirmada, en la medida en que el lingüista sólo cuenta con un criterio de significado-estímulo que no le da acceso, ni a la información colateral, ni al esquema de referencia propios del nativo.

En el contexto de nuestra propia lengua la situación es, en líneas generales, parecida a la anterior, aunque se diferencia de aquella principalmente en un aspecto: mientras que en el caso del traductor radical la pregunta por el significado de las expresiones y, por tanto, el paso a la traducción heterofónica es una cuestión de necesidad, en el caso de nuestros vecinos es completamente voluntaria. Según Quine, el aprendizaje del lenguaje, su propagación y la comunicación con nuestros vecinos se basan principalmente en la traducción homofónica. De hecho, consideramos adecuado el uso que una persona hace del lenguaje cuando su retahíla fonética nos parece acorde con el contexto en que fue pronunciada; y lo condenamos cuando, a pesar de que reconocemos su cadena fonética, el contexto en el que se encuentra nos resulta extraño. En la primera situación no se presenta ningún problema. La comunicación entre la otra persona y nosotros fluye de manera exitosa, pues ambos hacemos un uso similar de las mismas palabras. No obstante, cuando nuestro vecino pronuncia una retahíla que nosotros reconocemos, pero lo hace en un contexto que nos resulta extraño, nos surge la necesidad de preguntarnos: ¿a qué se refiere él cuando dice *p*? Por ejemplo, si alguno de nuestra comunidad dice algo así como "ese c-o-n-e-j-o habita en un tercer reino", la expresión nos resulta tan extraña que muy seguramente nos preguntaremos: ¿Será que cuando dice "c-o-n-e-j-o" quiere decir "c-o-n-e-j-o"? Así mismo otra persona puede pensar en "c-o-n-e-j-i-d-a-d", otra en "i-n-s-t-a-n-c-i-a-d-e-c-o-n-e-j-o", etc., dependiendo del manual de traducción —esto es, la teoría del mundo del trasfondo de cada cual. En ese momento el problema de la indeterminación de la traducción

'conejo' se refiere a conejo?", y así hasta el infinito. En cambio, cuando quien pregunta o quien responde introduce una nueva retahíla fonética, la situación tiene un límite. Siguiendo con el ejemplo, quien responde puede decir algo así como "cuando digo 'conejo' me refiero a una instanciación de una entidad abstracta", y con esta nueva retahíla fonética puede quedar saldado el asunto.

entra en acción, pues cualquiera de esas respuestas puede resultar coherente con la evidencia disponible.

Ahora bien, si se examina la situación desde la perspectiva de la primera persona, se verá que ninguna de las situaciones anteriores se cumple ya que, por lo menos en circunstancias normales, una persona no se ve en la necesidad de preguntarse a sí misma: ¿qué quiero decir yo cuando digo “c-o-n-e-j-o”?; ni decide voluntariamente hacerlo. Esto hace que, por lo menos en circunstancias normales, no haya lugar para el problema de la indeterminación de la traducción. Aún así, supongamos, por otro lado, que la persona sí se lo pregunta. ¿Es posible, entonces, hablar aquí de indeterminación? Aunque Quine no trata directamente este problema, pienso que puede encontrarse una respuesta comparando la situación desde la perspectiva de la primera persona con la del traductor bilingüe que el autor presenta en **ST**:

Desdeñando los paralelismos entre el castellano [*“English”*, en el original] y la lengua indígena, se sumergirá en esta última hasta llegar a hablarla como un nativo. Desde el comienzo el aprendizaje puede desarrollarse tan exento de cualquier apelación a otras lenguas como queramos suponer; puede ser, virtualmente, un duplicado acelerado del aprendizaje infantil. Cuando finalmente el lingüista se aplica a la traducción y a elaborar un diccionario jungla-castellano y la correspondiente gramática, puede hacerlo como bilingüe. En adelante, sus dos personalidades asumen los papeles que en las anteriores páginas se repartían el lingüista y su informante. Iguala “gavagai” con “conejo” al apreciar que *ambas oraciones poseen, para él, el mismo significado estimulativo* (**ST** 264; énfasis añadido).

Del mismo modo se puede decir, sin traicionar a Quine, que cuando una misma persona intenta establecer una relación de sinonimia entre dos retahílas diferentes, lo hace sobre la base de que *para ella* ambas expresiones son estimulativamente sinónimas. En otras palabras, tanto en el caso de una misma persona, como en el caso de un lingüista bilingüe, dos expresiones “serán sinónimas en virtud de un *criterio interno*, a saber, la igualdad de significado-estimulativo” (**ST** 256). Este criterio interno tiene la ventaja de que permite dar plena cuenta de la sinonimia de expresiones para un único hablante, sin que se corra el riesgo de dejar por fuera algún tipo de información colateral, ni de ignorar el esquema de referencia en el cual ambas expresiones tienen sentido; sin embargo, los resultados para cada uno de los casos son diferentes. En el caso de la perspectiva de la primera persona, el criterio permite superar el problema de la indeterminación de la traducción, pues lo que está en cuestión es, justamente, la sinonimia de expresiones para un único hablante. En cambio, en el caso de la traducción radical, el criterio de igualdad de significado estímulo no basta para superar la indeterminación de la traducción. Esto ocurre porque, aunque el criterio de significado-estímulo permite dar cuenta de la sinonimia de expresiones a nivel intrasubjetivo, resulta insuficiente para dar cuenta de la manera como los otros hablantes de la comunidad parten el mundo, y (aunque tal vez en menor medida) para

conocer la información colateral que ellos poseen. En consecuencia, en el momento en que nuestro lingüista bilingüe establezca una relación de sinonimia estimulativa entre "gavagai" y "conejo", y otro lingüista, también bilingüe, establezca una relación de sinonimia entre "gavagai" y "estado de conejo", no habrá forma de elegir cuál de las dos traducciones es la más acertada. Al respecto dice Quine:

Aunque la traducción llevada a cabo por un bilingüe es la que hace mayor justicia a la lengua de los nativos, la reflexión sobre la misma nos revela muy poco sobre la naturaleza del significado, porque el traductor bilingüe avanza en su trabajo en virtud de la comunicación *que se lleva a cabo en el seno de una personalidad desdoblada*, y este método solamente tendría para nosotros un sentido operativo en la medida en que consiguiéramos exteriorizarlo (ST 265; énfasis añadido).

Con base en lo anterior puede decirse que, desde una perspectiva quineana, el caso de la primera persona no hace parte de los candidatos a la indeterminación de la traducción, en la medida en que, cuando se trata de un único hablante, la igualdad de significado-estimulativo da plena cuenta de la sinonimia de expresiones. En otras palabras, una misma persona sabe siempre –o por lo menos normalmente– lo que ella misma quiere decir porque, por una parte, tiene acceso a toda la información colateral que está implicada en el uso que hace de las expresiones y, por otra parte, posee un sistema fijo de referencia con base en el cual compara las palabras en cuestión. Desde este punto de vista, la posición de Quine frente al caso de la indeterminación de la traducción para la primera persona resulta bastante parecida a la posición de Searle. Ambos, podría decirse, están de acuerdo en que el lenguaje tiene un carácter público, y ambos comparten la idea de que resulta absurdo decir que una persona no sabe a lo que se refiere cuando usa una expresión. Sin embargo, la diferencia entre ambas actitudes parece consistir en que, mientras Quine considera que la reflexión acerca de la primera persona revela muy poco sobre la naturaleza del significado, Searle, desde la orilla opuesta, considera que "en todas las discusiones en la filosofía del lenguaje y en la filosofía de la mente, es absolutamente esencial, en algún punto, acordarse del caso de la primera persona" (SEARLE 1996, 478). Volveré a tratar más adelante este aspecto de la discusión.

3.2 Indeterminación de la traducción y relatividad ontológica

En la sección anterior intenté mostrar que el caso de la primera persona no constituye un argumento en contra de la tesis de la indeterminación de la traducción. En esta sección me dedicaré a examinar la segunda objeción de Searle en contra de la tesis de Quine; esto es, aquella según la cual, para que la tesis funcione, hay que presuponer la existencia de significados, lo cual es justamente aquello que se pretende negar con ella. El argumento que usa Searle en favor de su objeción es que, para que dicha tesis funcione, debe ser posible establecer diferencias de significado entre las expresiones de los distintos manuales, y la noción de significado estímulo, que da

origen a la indeterminación, no permite dar cuenta de tales diferencias. Este argumento, como el anterior, parece bastante plausible. Es evidente que, para que podamos decir que las traducciones propuestas son mutuamente incompatibles, es necesario, como un primer paso, saber que tienen un significado diferente. Sin embargo, como bien lo indica Searle, esta situación es explicable, desde una perspectiva quineana, con base en la tesis de la relatividad ontológica.

Dicha tesis lleva a afirmar que la referencia de términos como “conejo” y “conejidad” se establece con relación a un lenguaje de fondo que puede ser una teoría (subordinada o materna) acerca del mundo. Por ejemplo, la referencia de “conejo” se fija con relación a una teoría de objetos físicos, y la referencia de “conejidad” se fija con relación a una teoría de objetos abstractos, como puede serlo la teoría platónica. Con base en esto, puede decirse que para entender la tesis de la indeterminación es, en efecto, necesario poder establecer una diferencia entre los términos que se encuentran en juego, pero que, desde un enfoque quineano, tal diferencia no se establece en general, sino con relación a un lenguaje de fondo. Dicho de otro modo, podemos comprender la tesis de la indeterminación, porque sabemos a qué se refiere cada uno de los términos; sabemos a qué se refiere cada uno de los términos, pues somos capaces de enmarcarlos dentro de distintas teorías acerca del mundo (teorías subordinadas); y sabemos que se trata de distintas teorías, porque los términos que hacen parte de cada una de ellas, a su vez, hacen parte de nuestra lengua materna.

No obstante, como lo he mostrado en la segunda parte de este ensayo, Searle considera que esta solución es un tanto ficticia, ya que las afirmaciones de Quine acerca de la inescrutabilidad de la referencia en el interior de la lengua materna llevan a decir que hay diferencias empíricas entre los términos, cuando de hecho tales diferencias no existen. Pienso que este punto puede ser aclarado si examinamos con más detalle la relación entre la tesis de la indeterminación de la traducción, esto es, el problema de la existencia de distintos manuales de traducción todos ellos incompatibles entre sí pero cada uno de ellos compatible con la totalidad de la experiencia; la tesis de la Inescrutabilidad (o indeterminación) de la Referencia, esto es, la idea de que es imposible fijar la referencia de un término, a menos que se haga con relación a un esquema de referencia; y la tesis de la relatividad ontológica (que según Quine es indistinguible de la anterior) la cual afirma que la referencia es relativa a un lenguaje.

Desde el punto de vista de Quine, la comunicación entre los hablantes de una misma lengua se realiza por medio de la traducción homofónica, esto es, usando las palabras tal como se ha aprendido a hacerlo. Así, dominar un lenguaje es simplemente saber usar las palabras, y comprender lo que los demás dicen es simplemente observar que los demás usan las expresiones sin que nos resulten sorprendentes las circunstancias en las cuales las profieren. Ahora bien, mientras nos mantengamos en este nivel, no hay ningún problema de indeterminación de la traducción, y, por tanto, no hay ningún problema respecto a la referencia de las palabras. Tanto las otras personas como nosotros compartimos un esquema fijo de referencia, esto es, hace-

mos uso de unas mismas partículas lingüísticas que nos permiten partir el mundo de cierta manera. En este sentido puede decirse que en el interior de la lengua materna, la referencia se encuentra “fijada”:

Si elegimos como manual de traducción la transformación idéntica, ateniéndonos de este modo a nuestra propia lengua sin más complicaciones, entonces la relatividad deja de existir. La referencia queda así explicada dentro de los modelos de desentremillado análogos al modelo de Tarski para la verdad; de esta manera la palabra “conejo” hace referencia a conejos, sean éstos lo que sean, y “Boston” a Boston (PT 52; 86).

Sin embargo, esta situación no se mantiene así por siempre. Los problemas con la referencia en el interior de la lengua materna comienzan cuando nuestro interlocutor hace un uso anormal de una expresión o reacciona de manera extraña cuando la escucha. En ese momento nos vemos en la necesidad de recurrir a una cadena fonética diferente para explicar el uso de la expresión y, tal como sucede en el contexto de la traducción radical, cualquier cadena que proponamos puede ser consistente con la conducta verbal de nuestro interlocutor; dicho de otro modo, cualquier esquema de referencia que escojamos puede ser confirmado por la evidencia. En este sentido, la traducción de la expresión resulta indeterminada y, en consecuencia, su referencia resulta inescrutable. Ahora bien, en el contexto de la lengua materna, a diferencia de lo que ocurre con la traducción radical, contamos con la posibilidad de fijar la referencia del término preguntando a la otra persona si el uso que está haciendo de él tiene que ver con una determinada teoría acerca del mundo, por ejemplo, una teoría (subordinada) como la platónica. Sin embargo, el éxito de esta evaluación dependerá, a su vez, de que esa persona comprenda lo que decimos, es decir, de que no se extrañe ante el uso que hacemos de las expresiones; si lo contrario de esto llegara a suceder, esto es, si la persona no entendiera nuestras palabras, el proceso descrito se repetiría hasta que, por fin, fuera posible retomar el nivel de la comunicación homofónica y con ella, la fluidez y efectividad del diálogo. Esto, no obstante, no niega la idea de que la referencia de la lengua materna es inescrutable; pues, justamente, lo que muestra es que en cualquier momento del diálogo entre vecinos la referencia de los términos de la lengua materna puede ser cuestionada, y que para fijarla es preciso enmarcar el uso del término en una teoría distinta de la familiar, por ejemplo, alguna teoría subordinada.¹⁰

Esta manera de entender el asunto permite explicar por qué el hecho de que la referencia en la lengua materna sea inescrutable no hace que las diferencias entre los términos sean “ficticias”. No son ficticias, porque mientras se mantenga el nivel de la

¹⁰ En “La relatividad ontológica” Quine afirma que la teoría de fondo no debe ser necesariamente una teoría mucho más amplia que la que está en uso. Puede tratarse de una teoría igual a ella o incluso más pequeña. Lo importante es que los términos de la teoría original puedan ser reinterpretados en los de la otra teoría (cf. OR 50; 71).

comunicación homofónica, el uso de cada uno de esos términos está ligado a unas determinadas circunstancias, lo cual permite explicar empíricamente, con base en la noción de significado-estímulo, las diferencias entre ellos. Y a la vez permite mostrar que, a pesar de que la referencia de los términos en la lengua materna está en cierto sentido "fijada", ésta resulta inescrutable o indeterminada porque siempre cabe la posibilidad de que, en medio del diálogo, su referencia sea cuestionada; en ese momento hará su aparición la indeterminación de la traducción y, con ella, la inescrutabilidad o indeterminación de la referencia.

3.3 *Naturalismo, lenguaje, e indeterminación de la traducción*

En la tercera parte de su crítica a la tesis de la indeterminación, Searle afirma que el problema de dicha tesis radica en que es el producto de una definición de la noción de significado que no basta para dar cuenta de la manera como ésta, la noción de significado, funciona ordinariamente. En resumen, la idea de Searle es que esta caracterización del significado resulta insuficiente, pues se basa en una serie de confusiones que desembocan en una concepción bastante restrictiva y poco apropiada de lo que debe ser una investigación acerca del tema en cuestión. En primer lugar, Searle afirma que Quine comete el error de suponer que la comprensión de una noción y su aplicación dependen de nuestra capacidad para proporcionar criterios de una cierta clase (criterios "objetivos", "extensionales", "conductistas") cuando en la práctica es la especificación de dichos criterios la que depende de un conocimiento anterior del lenguaje. En segundo lugar, afirma que Quine se equivoca al intentar explicar el significado en términos puramente físicos y al adoptar únicamente el punto de vista de la tercera persona, pues la manera como funciona la comunicación en la vida real revela intervención de elementos de otro tipo, a saber, la perspectiva de la primera persona y elementos intencionales. Esta última afirmación, en particular, podría entenderse como una objeción dirigida al profesado fisicalismo de Quine; en la medida en que, según Searle, es esta postura, o más bien esta *preferencia metafísica arbitraria* por los hechos y los objetos físicos, la que lleva al autor a rechazar cualquier explicación de tipo mentalista y cualquier investigación desde el punto de vista de la primera persona.

Como puede verse, los argumentos que presenta Searle en favor de las anteriores afirmaciones tienen en común la idea de que la manera como Quine aborda el problema del significado es equivocada, pues no tiene en cuenta el funcionamiento real del lenguaje. En el primer caso, por ejemplo, señala el hecho de que *en la práctica*, para poder establecer cualquier tipo de criterios con relación a una determinada noción, es necesaria una previa comprensión de ésta. En el segundo caso señala que *en la vida real* la comunicación, y en especial la cuestión del significado, revela necesidad de una explicación que incluya algo más que hechos físicos. Estas alusiones de Searle a "la práctica" y a "la vida real" hacen que sus objeciones en contra de la postura de Quine resulten, a primera vista, bastante razonables. De hecho, si leemos TD y WO, nos daremos cuenta de que el solo hecho de entender las críticas a la noción de

analiticidad, de sinonimia o de significado, depende de que, de antemano, comprendamos cada una de esas nociones; y si examinamos lo que sucede en nuestra comunicación cotidiana, nos daremos cuenta de que, por lo general, cuando decimos que comprendemos las expresiones de otra persona, nos referimos al hecho de que sabemos exactamente lo que esa persona está pensando, y de que, normalmente, lo hacemos sobre la base de que sabemos lo que las palabras usadas significan en nuestro propio caso. Sin embargo, pienso que este tipo de argumentos, y la idea de que a la base de toda la crítica de Quine a los significados se encuentra el fisicalismo, dejan a un lado un aspecto muy importante de la filosofía de Quine, que permite comprender mejor sus objeciones a la noción de significado y, en particular, el argumento de la indeterminación de la traducción. El aspecto al que me refiero es la simpatía de Quine por el naturalismo.

En líneas generales, el naturalismo es la tesis según la cual todo lo que hay pertenece al mundo de la naturaleza y, por tanto, debe ser estudiado por las llamadas ciencias naturales. Siguiendo esta línea de pensamiento, Quine, en particular, sostiene que el discurso científico constituye la mejor descripción de la realidad. Su argumento en favor de esta afirmación es un argumento de tipo pragmático: aunque la ciencia es una construcción teórica más entre las muchas que se desarrollan a partir del lenguaje del sentido común, hasta el momento la ciencia ha demostrado ser la estrategia explicativa y predictiva más exitosa (cf. **NNK** 69). Debido a esto, Quine afirma que la mejor descripción de la realidad es la que viene desde el campo de la ciencia y, por tanto, esa realidad "tiene que ser identificada y descrita en el interior de la ciencia misma y no en una filosofía anterior" (cf. **TT** 21; 31-2). Sin embargo, esto no quiere decir que la ciencia sea infalible y que la descripción que hace ésta de la realidad sea necesariamente verdadera. Por el contrario, desde el enfoque naturalista de Quine, la teoría científica del mundo es una teoría falible, que en cualquier momento puede ser revisada si la experiencia así lo exige. En este sentido Quine dice que "la totalidad de la ciencia es como un campo de fuerzas cuyas condiciones-limite da la experiencia. Un conflicto con la experiencia en la periferia da lugar a reajustes en el interior del campo: hay que redistribuir los valores veritativos entre algunos de nuestros enunciados" (**TD** 42; 77).

Por otro lado, también desde la perspectiva naturalista, Quine sostiene que la empresa filosófica va de la mano de la empresa científica. En resumen, su idea es que la filosofía comparte con la ciencia tanto el objeto de estudio –la realidad– como el método investigativo –empírico y descriptivo. En este sentido la filosofía no tiene un dominio propio ni un modo privilegiado de conocimiento. Por tanto, la creencia en una "filosofía primera", esto es, la idea de que la ciencia debe estar sometida a esa especie de tribunal supracientífico que –se supone– es la filosofía, debe ser dejada a un lado y, a cambio de esto, la ciencia debe ser considerada como una indagación de la realidad que no necesita ningún tipo de justificación fuera de la observación y el método hipotético-deductivo. Esta visión acerca de la ciencia y acerca de la relación entre la ciencia y la filosofía lleva con sigilo un cambio en la concepción de la

filosofía. La labor del filósofo se ve como una manera de razonar dentro de la teoría del mundo que ha heredado de la ciencia; una teoría del mundo que, aunque funciona bien, puede tener sus fallas. Es así que su tarea consista en cuestionar dicha teoría, desde dentro de ella misma, partiendo de sus mismos presupuestos básicos. Esta es la idea que se expresa en la metáfora del “marino atareado que va en el bote de Neurath” (FME 93).

Una de las consecuencias más importantes que se desprenden de esta tesis tiene que ver con la investigación epistemológica. En primer lugar, el problema epistemológico original, esto es, la pregunta cartesiana por la validación del conocimiento científico, es abandonado. Partiendo de la base de que el discurso científico es eficaz, la pregunta por la validez de la ciencia se transforma, a los ojos de lo que Quine denomina “epistemología naturalizada”, en la pregunta por cómo funciona la ciencia y por lo que hace que dicha empresa sea tan exitosa. Así, la pregunta por los fundamentos se transforma en la pregunta por la relación entre la ciencia y el mundo –o lo que es lo mismo, entre la teoría y la observación– y por la manera como funciona el método científico. En segundo lugar, dado que uno de los objetivos de la epistemología naturalizada es explicar la manera como funciona el método científico, el epistemólogo naturalista debe incluir en su agenda una explicación de la manera como funciona el principio empirista del conocimiento y la verificación. La idea, en resumen, es que la epistemología naturalizada coincide con la epistemología tradicional en la aceptación del empirismo. Esto hace que la nueva versión de la epistemología no sea simplemente una disciplina descriptiva sino que, además, conserve la naturaleza normativa que caracteriza a la epistemología tradicional; es decir, que sirva para decidir qué constituye un conocimiento científico y qué no. Sin embargo, a diferencia de la epistemología tradicional, esa normatividad deberá entenderse en términos naturalistas, esto es, deberá ser explicada desde el interior de la ciencia misma. Dicho de otro modo, la epistemología naturalizada acepta el principio básico del empirismo, pero entendiéndolo a la vez como una regla del método científico y como un descubrimiento científico (cf. PT 19; 42). Y, por último, como el interés del epistemólogo naturalista ya no está orientado a encontrar las bases del conocimiento científico, sino a explicar la manera como éste funciona, puede dejar a un lado el temor de los epistemólogos tradicionales a la circularidad de la explicación –que hacía que el uso de cualquier ciencia empírica estuviera vedado–, y puede proceder a dar respuesta al problema aceptando la legitimidad de los hallazgos de alguna ciencia como la psicología, la biología, la neurología, etc.:

Si el objetivo del epistemólogo es validar los fundamentos de la ciencia empírica, el uso de la psicología o cualquier ciencia empírica en esa validación traiciona su propósito. Sin embargo, estos escrúpulos contra la circularidad tienen escasa importancia una vez que hemos cesado de soñar en deducir la ciencia a partir de observaciones. Si lo que perseguimos es sencillamente entender el nexo entre la observación y la ciencia, será aconsejable que hagamos uso de cualquier informa-

ción disponible, incluyendo la proporcionada por estas mismas ciencias cuyo nexo con la observación estamos tratando de entender (EN 75-6; 101).

La idea de Quine es que tanto la relación entre observación y teoría (“la magra entrada y la torrencial salida” [EN 83; 109]), como el principio empirista de verificación, emergen en el proceso de aprendizaje del lenguaje. Por tal motivo, el autor considera que una investigación al respecto debe centrarse en el estudio acerca de la manera en que se aprende el lenguaje; esto hace que, desde su perspectiva, una parte crucial de la epistemología naturalizada sea la construcción de una teoría del lenguaje mediante la investigación de su génesis (el aprendizaje). De ahí que pueda decirse que la relación entre epistemología y lenguaje es de vital importancia para entender la manera como Quine aborda el problema del lenguaje y, en especial, lo relativo al significado. El hecho de que, en la filosofía de Quine, el problema del lenguaje surge en el contexto de la investigación epistemológica, y la idea de que tal investigación debe realizarse desde el terreno científico, conducen a la idea de que el epistemólogo, en su intento por explicar el lenguaje, debe proceder tal como procede el científico contemporáneo. Es decir, el epistemólogo debe proceder tal y como funciona la ciencia contemporánea.

Un primer aspecto que cabe señalar, relativo a la manera como funciona la ciencia contemporánea, es que, hasta ahora, ésta ha sido una empresa netamente empírica. Esto es, estrictamente hablando, una empresa basada en el principio empirista del conocimiento. Es decir, en el principio (a la vez descriptivo y normativo) de que todo conocimiento procede de la experiencia sensible, y de que todo conocimiento debe tener como evidencia la experiencia sensible. Ahora bien, como dije antes, el carácter normativo del empirismo debe entenderse en este contexto como un descubrimiento de la ciencia misma. Puede decirse así que la idea de que el conocimiento científico debe tener como única evidencia la experiencia sensible, no es una prescripción arbitraria sino, más bien, una prescripción que responde a un descubrimiento de la ciencia. Al descubrimiento de que, efectivamente, la única manera como nosotros de hecho conocemos es por medio de la experiencia sensible y que no contamos con experiencias paranormales como la telepatía, la comunicación por medio de sueños, etc. Así también, puede decirse que la investigación acerca del lenguaje —desde la perspectiva naturalista pragmática de Quine— debe estar basada única y exclusivamente en la evidencia sensible, porque *de hecho*, para conocer algo de él, sólo contamos con la experiencia sensible. Esto permite explicar por qué Quine asume que la investigación sobre el lenguaje debe ser una investigación empírica, y permite explicar, además, por qué Quine aborda el problema del aprendizaje del lenguaje y el problema del significado desde el terreno de la psicología conductista: la psicología conductista es una psicología netamente empírica, en la medida en que parte de una evidencia puramente sensible como son los estímulos sensoriales presentes y las conductas del sujeto.

Un segundo aspecto, característico de la ciencia contemporánea, es que su ontolo-

gía es básicamente la ontología de los objetos externos (objetos físicos). Así, desde el enfoque naturalista pragmático, los hechos lingüísticos deberán ser tratados y descritos como objetos externos. Esto permite explicar por qué Quine insiste en que los hechos relativos al lenguaje deben ser descritos haciendo uso de un cierto tipo de discurso –el discurso fisicalista–; permite explicar por qué insiste en adoptar única y exclusivamente el punto de vista de la tercera persona. Y, como en el caso anterior, permite explicar también por qué Quine opta por una explicación conductista del significado: la psicología conductista hace una descripción netamente física de los hechos y adopta desde un comienzo la perspectiva externalista, el punto de vista del observador. Podría alegarse, sin embargo, que la ontología de la ciencia no debería incluir solamente objetos físicos, y que, por tanto, el discurso sobre el lenguaje –y en especial sobre el significado– debería incluir algo más que descripciones de conductas y de situaciones estimulativas. Por ejemplo, podría decirse, siguiendo a Searle, que el estudio sobre el lenguaje debería incluir descripciones de estados intencionales y, más aún, que la ciencia misma debería dar una explicación de la intencionalidad. Pienso que la situación al respecto podría ser aclarada desde la concepción naturalista quineana de la ciencia, en especial si se hace énfasis en el componente pragmático que lo caracteriza.

Desde la perspectiva naturalista-pragmática de Quine, la ciencia es algo así como un juego de lenguaje (en el sentido wittgensteiniano de la expresión) que es distinto al de la novela de ficción o la poesía, pues tiene como característica principal el hecho de que su éxito se mide por el éxito de sus predicciones. Esto hace que, desde dicha perspectiva, algo se considere como existente si, al suponer su existencia, se logra incrementar la capacidad predictiva de la ciencia y, así, se logra hacer un mejor retrato de la realidad. Por tanto, puede decirse que “la candidatura de una oración al estatus científico se basa en su contribución a una teoría cuyas credenciales son sus predicciones” (PT 20; 43); es decir, una oración (o concepto) será aceptada como parte del discurso científico, si resulta útil teóricamente, esto es, si contribuye al éxito de la empresa científica. Esta idea permite decir que el discurso científico es básicamente fisicalista, puesto que hasta ahora la teoría de los objetos físicos ha sido útil para la ciencia. No obstante, si se tienen en cuenta otros aspectos del naturalismo, podremos ver que la cuestión del fisicalismo no es tan radical como parece a primera vista. Uno de estos aspectos es la idea de que la ciencia misma es falible y susceptible de ser corregida. Esta manera de ver la ciencia le permite al Quine naturalista reconocer, por ejemplo, que cabe la posibilidad de que en un futuro la base propia de la ciencia, la confianza en los hechos físicos, se desmorone y estos sean reemplazados por otro tipo de entidades; lo cual no implicaría la desaparición de la ciencia, sino que se constituiría en un cambio dentro de la empresa científica misma (cf. TT 22; 33).

La idea de Quine, en este sentido, es que, aunque en la actualidad la ciencia se basa en hechos físicos, en cualquier momento la situación puede cambiar. La ciencia puede pasar de creer en las cosas externas a creer en entidades de otro tipo, por ejemplo, en entidades que son producto de los sueños y la fantasía. En ese momento, la descrip-

ción científica se hará teniendo en cuenta esas entidades y, por tanto, la descripción más objetiva será aquella que describa la realidad en esos términos. Es importante resaltar también que, desde la perspectiva naturalista de Quine, un cambio en el modelo de realidad puede traer consigo cambios en otros aspectos de la ciencia. Por ejemplo, podría haber un cambio en el concepto de lo que haya que considerar como una "hecho de la cuestión" (*fact of the matter*); pues, para Quine, "la noción propuesta de '*fact of the matter*' no es trascendental ni epistemológica, ni siquiera es un asunto de evidencia; es ontológica, es asunto de realidad, y ha de tomarse de un modo naturalista dentro de nuestra teoría científica del mundo" (TT 23; 34).¹¹ Y puede haber un cambio también en lo que debe considerarse como evidencia, en la medida en que, para Quine, el principio mismo del empirismo podría ser cuestionado:

El juego de la ciencia no está circunscrito al ámbito de lo físico, en ningún sentido de la palabra 'físico'; [...] inclusive la telepatía y la videncia son opciones científicas, aunque opciones científicas agonizantes. Para resucitarlas sería necesario, ciertamente, el concurso de un cúmulo impresionante de evidencia favorable; pero si tal cosa ocurriera, entonces el mismo empirismo –la norma suprema de la epistemología naturalizada– sería arrojado por la borda [...]. El colapso del empirismo permitiría la admisión de la información adicional proporcionada por la telepatía o la revelación, pero la comprobación de la ciencia resultante seguiría dependiendo de la predicción de estímulos sensoriales. Ante tal situación extrema quizá sería mejor modificar el juego mismo, pasando a exigir como credenciales la capacidad para predecir no sólo estimulación sensorial, sino también información de origen telepático y adivino (PT 43-4).

Todo lo anterior muestra que, para Quine, si bien es cierto que en la actualidad la investigación científica se apoya en los hechos físicos y que, por tanto, la descripción más objetiva es la que se hace en términos de hechos físicos, la ciencia no está condenada al fisicalismo.¹² Ni siquiera al empirismo. Esto depende del giro que tome la noción misma de realidad que subyace a nuestra lengua. Sólo que, mientras no haya una idea distinta que haya calado hasta las raíces de ésta, la descripción más objetiva de la realidad seguirá siendo aquella que se haga en términos físicos. Por tanto, en este momento, toda investigación científica deberá tener a éstos como base,

¹¹ Esto supone que, si en el presente la teoría científica reinante es la de la física de partículas elementales, entonces el problema de si hay o no una "cuestión de hecho" que permita comparar teorías o manuales de traducción debe entenderse en términos de si hay o no distribuciones de estados y relaciones entre partículas que los manuales de traducción o las teorías compartan; pero también supone que, si la ontología básica de la teoría científica cambia, el problema de si hay o no una "cuestión de hecho" debe entenderse en los términos de esa nueva ontología.

¹² Quine afirma inclusive que ni siquiera en este momento puede decirse que el juego de la ciencia esté circunscrito en el ámbito de lo físico "en ningún sentido de la palabra físico", pues, de hecho, la ciencia reconoce entidades que no entran en esta categoría: "Hace tiempo que los cuerpos se han desintegrado en enjambres de partículas, y la estadística de Bose-Einstein ha cuestionado la particularidad de la partícula" (PT 10; 43).

y deberá dar prioridad a este tipo de entidades. Es debido a esto que Quine afirma que "Si estamos intentando retratar la estructura verdadera y última de la realidad, entonces nuestro esquema canónico habrá de ser el más austero, el que no conoce más cita que la directa, ni actitudes proposicionales, sino sólo la constitución física y el comportamiento de los organismos" (WO 221; 230).

Así, todo lo dicho aquí permite comprender por lo menos dos cosas. Permite entender por qué, según Quine, el problema del significado, y del lenguaje en general, debe ser estudiado empíricamente, debe ser planteado en términos físicos, y debe ser abordado desde una perspectiva externalista. Y permite comprender, además, que el conductismo de Quine, en lo relativo al lenguaje, no es simplemente una preferencia arbitraria, como parece plantearlo Searle, sino que es el resultado de una postura naturalista-pragmática frente al conocimiento como la que Quine adopta. Esto es, entre otras cosas, una postura que, en primer lugar, reconoce el éxito de la empresa científica y, en segundo lugar, reconoce que *hasta ahora* uno de los aspectos determinantes del éxito de tal empresa es el supuesto de la existencia de objetos físicos, pero que también reconoce que tal situación puede cambiar si la experiencia misma así lo exige. En este sentido puede decirse que para Quine, si el objetivo es dar una explicación científica del lenguaje, la mejor explicación del significado es, por el momento, la explicación conductista y, por tanto, la noción más acertada de significado es la noción de significado-estímulo. Pero también hay que decir que esto no significa que la situación deba permanecer igual. Por el contrario, dado que, desde el enfoque naturalista, el fisicalismo depende en última instancia de su utilidad para la ciencia, es posible pensar que en cualquier momento el funcionamiento mismo de la empresa científica exija que se incluyan otro tipo de entidades o que se abandonen las que ya existen. Tal ha sido el caso de entidades abstractas como las clases, los números, etc., las cuales han sido incluidas en la ontología de la ciencia y, por tanto, en el discurso científico, debido a que han demostrado su utilidad teórica (cf. WO, cap. 7).

La pregunta que surge entonces es ¿por qué no pensar en la posibilidad de incluir en el discurso científico sobre el significado entidades de otro tipo? ¿Por qué no incluir, por ejemplo, significaciones, o incluir estados intencionales, como Searle lo sugiere? En otras palabras, ¿por qué no incluir elementos de otro tipo en la explicación científica del significado, si la manera como éste funciona en la vida real muestra la utilidad de ese tipo de elementos? Pienso que una posible respuesta a esta pregunta puede encontrarse, si se examina la tesis de la indeterminación de la traducción desde la perspectiva naturalista-pragmática de Quine. Por una parte, esta perspectiva supone que la inclusión de un cierto tipo de entidades al discurso científico depende de su utilidad teórica. Por otra parte, supone que la utilidad teórica de los objetos físicos ha sido demostrada, en la medida en que ha logrado incrementar la capacidad explicativa y predictiva de la ciencia. Si se toman en consideración estos dos supuestos, puede decirse que una buena manera de demostrar la necesidad de incluir a las significaciones en el discurso científico es mostrando su utilidad

teórica. Y puede decirse, además, que la única manera de mostrar su utilidad teórica es mostrando que su inclusión en el discurso científico acerca del lenguaje permite aumentar la capacidad explicativa y predictiva de la ciencia en ese terreno. En otras palabras, tomar como base una explicación del lenguaje que incluya los presupuestos básicos de la ciencia contemporánea –por ejemplo, la explicación conductista– y mostrar que tales entidades contribuyen a incrementar la capacidad explicativa y predictiva de la misma en ese terreno. A partir de este punto cabe afirmar que, justamente, lo que logra la tesis de la indeterminación es mostrar que, si aceptamos los presupuestos de la ciencia contemporánea, las significaciones resultan siendo inútiles teóricamente. Así, la idea que pretendo sostener en lo que queda de este ensayo es que: a.) efectivamente, tal como lo señala Searle, la tesis de la indeterminación de la traducción es una consecuencia directa del conductismo de Quine, pero que, b.) contrario a lo que Searle afirma, el problema de la indeterminación no es un ejemplo palpable de que la explicación conductista no funciona, sino que, más bien, es un ejemplo palpable de que la noción de significado –tal como ha sido entendido tradicionalmente– carece de utilidad teórica. La idea de que la tesis de la indeterminación es una consecuencia directa del conductismo es ya una idea bastante difundida y, mejor aún, el mismo Quine se ha manifestado de acuerdo con ella en diversas ocasiones; por tanto, no me detendré en ella. Más bien, me centraré en la afirmación de que la tesis de la indeterminación es un ejemplo que le sirve a Quine para mostrar que la noción de significado, entendido como algo determinado e independiente de las conductas, no tiene ninguna utilidad teórica.

En resumen, el problema de la indeterminación de la traducción consiste en que, si limitamos labor de traducción a la mera evidencia empírica –a las conductas verbales y las circunstancias estimulativas– toda traducción es indeterminada, es decir que es imposible llegar a determinar cuál de los manuales de traducción resultantes es el correcto. En este sentido, lo que afirma la tesis de la indeterminación es que toda traducción es indeterminada, porque no hay materia objetiva (*fact of the matter*) que permita decidirse por alguno de los manuales en cuestión. Desde este punto de vista, suponer que los significado –entendidos como algo determinado que es independiente de las conductas– son útiles teóricamente, es suponer que son algo objetivo y, por tanto, pueden contribuir a solucionar el problema de la indeterminación de la traducción. Al respecto, puede pensarse en dos alternativas. Por una parte, puede pensarse que las significaciones deben reemplazar a la conducta verbal; y, por otra parte, puede pensarse que las significaciones deben acompañar a la conducta verbal. Sin embargo, lo que la indeterminación de la traducción muestra es que ninguna de las dos alternativas es viable y que, principalmente la última de ellas es la más difícil de aceptar.

Por una parte, si suponemos que las significaciones por sí solas pueden ayudar a decidir cuál de los manuales de traducción es el correcto, debemos enfrentar el problema de que no tenemos un acceso directo a ellas. Por ejemplo, si se las concibe como entidades mentales, el problema es que no tenemos acceso a la mente de los

demás; y si se las concibe como entidades platónicas, el problema es que no es muy clara la manera como tales entidades puedan ser captadas por los seres humanos. Así, si hubiera significaciones, y en virtud de ellas pudiera decirse que uno de los manuales es correcto y el otro es incorrecto, tendríamos que aceptar que nunca podremos saber cuál es el manual correcto y cuál el equivocado (cf. OR 28-9; 47). Por otra parte, si aceptamos como elementos explicativos del lenguaje tanto a las significaciones como a las conductas, debemos enfrentar el hecho de que sólo tenemos acceso a las conductas y, por tanto, debemos concluir que adjuntar las significaciones a las conductas no ayuda realmente a decidir cuál es la traducción correcta. Por el contrario, si aceptamos que hay algo determinado en el lenguaje que está más allá de las conductas, pero a la vez tenemos que aceptar que la única evidencia con que contamos son las conductas, la investigación sobre el lenguaje queda reducida a un intento por explicar algo que no se puede conocer con base en algo que, justamente, niega que eso exista. Dicho de otro modo, si aceptamos incluir tanto significaciones como conductas, la investigación se reduce a un intento por explicar en qué consisten esos significados determinados, con base en algo que, justamente, muestra que no hay nada determinado en el lenguaje. La idea de Quine es que esta situación no resulta nada fructífera, si lo que se busca es una explicación científica del lenguaje:

Acceptar por su valor nominal [*face value*] el uso intencional es, como hemos visto, postular que las relaciones de traducción son algo objetivamente válido, pero pese a ello indeterminado en principio respecto de la totalidad de las disposiciones verbales. Esa manera de postular no promete gran cosa en cuanto a comprensión científica, si no tiene mejor fundamento que la idea de que las supuestas relaciones de traducción son efectivamente un presupuesto del modo común de hablar de semántica y de intención (WO 221; 230).

Así, desde el enfoque naturalista-pragmático de Quine, la única salida *por el momento* es aceptar simplemente que la única evidencia empírica con que *de hecho* contamos, en lo relativo al significado, son las conductas de los hablantes y las situaciones en que éstas se manifiestan. Y, debido a esto, aceptar también que la explicación acerca del significado *está y debe* estar limitada a las meras conductas; sabiendo que la idea que de ahí se sigue es que no hay nada determinado en el lenguaje:

Para el naturalismo, la cuestión de si dos expresiones son semejantes o desemejantes en significado no tiene respuesta determinada, conocida o desconocida, excepto en tanto que la respuesta esté establecida en principio por las disposiciones de habla de la gente, conocidas o desconocidas. *Si mediante estos criterios hay casos indeterminados, tanto peor para la terminología del significado y semejanza de significado* (OR 29; 46 -énfasis añadido-).

Debido a todo lo anterior, la propuesta de Quine es que la noción de significación debe ser eliminada del terreno científico. En *La búsqueda de la verdad*, por ejemplo, afirma:

[N]o creo que debamos gastar energías en el intento de rehabilitar para la ciencia algo parecido a la vieja noción de significados claros y distintos; me parece que más bien debemos mirar esta noción como un obstáculo del que nos hemos conseguido librar. Ciertamente, en los últimos tiempos la noción ha constituido un obstáculo más bien para los filósofos que para los lingüistas científicos, pues éstos, como es fácil comprender, simplemente no la han considerado técnicamente útil (PT 56: 92).

De esta manera, la tesis de la indeterminación de la traducción se convierte en un argumento más, que viene a reforzar las otras críticas de Quine a las significaciones. En *El mito de la significación*, muestra que las significaciones, como las llamadas esencias, carecen de criterios de individuación. En "Dos dogmas del empirismo", muestra que no se cuenta con una definición clara de la noción de significación entendida como sinonimia. Y con la tesis de la indeterminación muestra que, aparte de que no cuentan con una definición clara, las significaciones no aportan nada al proceso de la traducción: son, por tanto, teóricamente inútiles y deben consecuentemente ser eliminadas. Pienso que lo mismo podría afirmarse de la propuesta de Searle de dar una explicación intencionalista del lenguaje. Sin profundizar mucho en los pormenores del asunto, la idea es que, si intentamos dar cuenta de la significatividad de las expresiones introduciendo lo que Searle denomina estados intencionales, debemos enfrentar el problema de que no tenemos acceso directo a las creencias, deseos, etc., de las demás personas, y que la única evidencia empírica que tenemos de su estado intencional es, justamente, la conducta que esas personas manifiestan. Al respecto, Quine afirma:

Poco puede hacerse por la vía de rastrear los procesos de pensamiento, a menos que podamos asignarles palabras. Para que podamos morder algo objetivo tenemos que ir tras las palabras. En todo caso, las palabras acompañan al pensamiento en su mayor parte, y únicamente podemos especificar los pensamientos en tanto que se expresan en palabras (TT 2: 10).

Desde esta perspectiva, puede decirse que, para Quine, introducir ese tipo de elementos resulta tan inútil científicamente como introducir las significaciones, lo cual hace que, como estas últimas, las nociones como "creencia", "deseo", "intención", etc., deban ser eliminadas. Sin embargo, esto no significa que Quine pretenda eliminar la noción de significación o las nociones de "creencia", "deseo", etc., de contextos distintos al contexto científico. En **WO** afirma a este respecto lo siguiente:

Aquí se trata simplemente de una cuestión de austeridad. Puedo oponerme al uso de algún término dudoso en puntos cruciales de la teoría, porque el hecho de usarlo arrebataría a la teoría la fuerza explicativa que se desea que tenga; pero puedo seguir usando y permitiendo el uso del término en contextos más casuales o heurísticos, donde no se aspira a tanta profundidad de explicación teórica (WO 210; 220).

La cita anterior muestra que la posición de Quine y la de Searle pueden resultar, hasta cierto punto, compatibles. Ambos podrían estar de acuerdo en afirmar que “en la vida real” las personas saben cuándo dos términos tienen el mismo significado y cuándo tienen significados distintos; y podrían coincidir en reconocer que las palabras resultan significativas para nosotros, en la medida en que pensamos que hay alguna creencia, deseo o intención que las respalda. Sin embargo, pienso yo, la diferencia entre ambos radica en la utilidad que cada uno de ellos le atribuye a ese tipo de afirmaciones. Searle utiliza la idea de que sabemos lo que las palabras significan, para mostrar que hay algo intrínseco en el lenguaje: la significatividad de las expresiones; y utiliza la idea de que la significatividad es algo intrínseco al lenguaje, para mostrar que existe algo que es intrínseco a las personas, algo independiente de las conductas –los estados intencionales– a lo cual las palabras deben su significatividad. Quine, en cambio, reconoce que las nociones de “significado”, “creencia”, “deseo”, “intención”, etc., cumplen alguna función en el habla común; pero rechaza la idea de que existe algo que es intrínseco a las palabras, y rechaza también la idea de que hay una intencionalidad intrínseca a las personas. La idea de Quine a este respecto es que, tanto la atribución de un significado a las palabras, como la atribución de creencias, intenciones, etc., a las personas, son *hipótesis* que, aunque ciertamente ayudan a explicar la conducta de los demás en el contexto del sentido común, no cuentan con ningún tipo de evidencia empírica (cf. **WB**, cap. 9).

Estas diferencias en el estatus que se le da al lenguaje del sentido común y a la práctica común del lenguaje hace patentes diferencias importantes en la manera como cada uno de los autores concibe lo que sería una investigación empírica del lenguaje. La idea de Searle, en este sentido, es que tanto la característica intrínseca de las palabras –la significatividad– como los estados intencionales –de los cuales depende la significatividad de las mismas– son parte fundamental del lenguaje y, por tanto, deben ser parte fundamental de un estudio empírico del mismo. No obstante, el problema de lo que sería un estudio empírico de la intencionalidad y de la manera como podemos tener acceso a los estados intencionales de las demás personas, son temas que Searle no trata directamente en el artículo sobre el cual he venido trabajando. La idea de Quine, por su parte, es que las nociones de significado, creencia, deseo, intención, etc., deben ser eliminadas de un estudio empírico del lenguaje, sin importar la posición que se adopte con relación a su existencia. La razón para ello, como se vio en la cita anterior, es una cuestión de “austeridad”. Es decir, es una cuestión que tiene que ver con el hecho de que, si el objetivo es hacer ciencia, se

debe elegir el modelo ontológico más simple posible, lo cual implica sacar del juego entidades que no cumplan una función útil dentro de la teoría. Las significaciones y las creencias no la cumplen, por tanto, no queda otra salida que sacarlas del terreno científico, y los filósofos no tienen otra opción que dejar el estudio del lenguaje en manos de la psicología conductista. Por eso afirma Quine que “la aproximación conductista a este problema [al problema del lenguaje] es inevitable. En psicología se puede ser o no ser conductista, pero en lingüística no hay elección posible” (PT 37-8; 66).

Cuál de las dos posiciones es más fuerte, o por lo menos más aceptable, es algo que no pretendo averiguar aquí. Lo único que podría decir por el momento, con base en lo expuesto en esta sección, es que la postura de Quine frente al problema del significado no es tan arbitraria como lo afirma Searle en su artículo: su fisicalismo y, por ende, su conductismo y su crítica a la noción de significación –entendida como algo independiente de las conductas– se ven justificados por la perspectiva naturalista-pragmática que Quine adopta frente al problema del conocimiento. Si en este punto –en la aceptación del naturalismo pragmático quineano– existen diferencias irreconciliables entre ambos autores, y son estas diferencias las que determinan la manera como cada uno de ellos concibe lo que sería una investigación empírica del lenguaje, las críticas del uno al otro pueden considerarse como un simple diálogo de sordos. No obstante, pienso que para hacer una afirmación de ese tipo tendría que examinar más profundamente las propuestas de Searle y Quine a este respecto, y dicha tarea excede los límites de este ensayo.

